



ARA llegar a Racalmuto, justo encima de Agrigento, y partiendo de Palermo, el autocar deja la costa norte de Sicilia, y se mete en dirección sudoeste en las mesetas del interior. Sus paradas obligadas durante el trayecto son Lercara, Friddi, Castelltermi; pero a petición de algún pasajero también se detiene en pequeños caseríos o cruces de carretera. El paisaje es de olivares, campos de grano ya segados desde finales de junio, viñedos enanos y muchos almendros. Son tierras de secano, entre colinas suaves, que recuerdan parajes de la alta Andalucía, y en los que la ausencia de casas despidigadas proclama un seguro régimen latifundista.

La última parte del trayecto atraviesa una línea de montes que son un rosario de minas de azufre, desde Agrigento hasta Caltanissetta y Enna. El tiempo se va entre mirar el paisaje y contemplar a los hombres y mujeres que llenan el autocar, mientras intentas descifrar su parloteo en dialecto. Algunos llevan grandes cestos en las rodillas, también conejos y gallinas con las patas atadas. Casi toda esa gente viste de oscuro, de un negro algo cárdeno debido al desgaste, como de paraguas viejo o de sotana de cura de aldea.

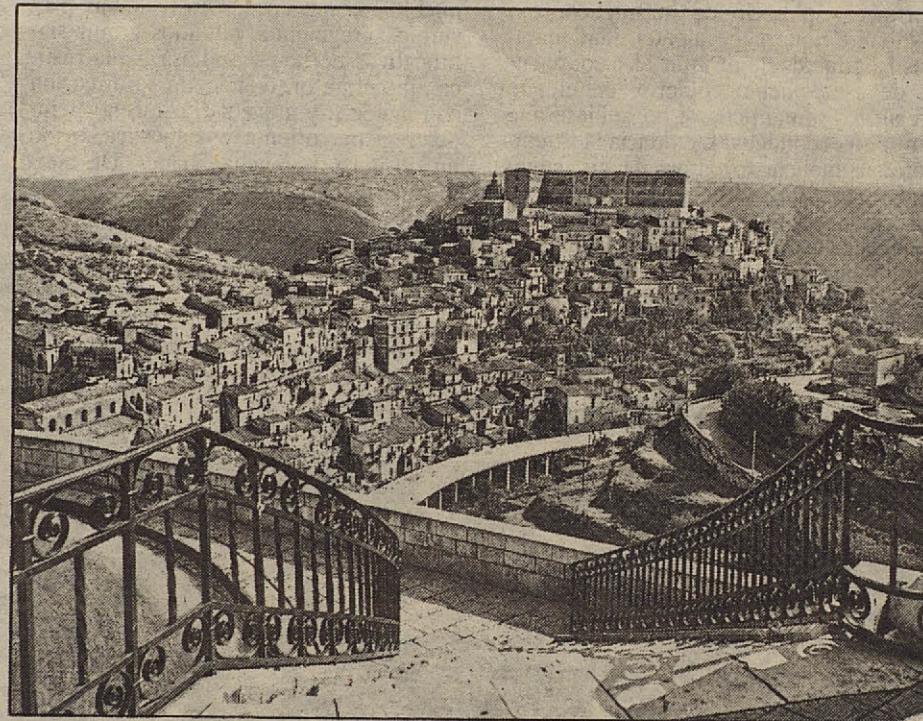
En Racalmuto, en la casa de Leonardo Sciascia, una limonada de bienvenida y después whisky malteado a palo seco y a discreción. Es un hombre algo grueso, de ojos abotargados, y que viste como un oficinista barcelonés de otros tiempos: traje cruzado a rayas, chaleco, camisa blanca y corbatita fina. La conversación se inició en el patio, a la sombra de una parra tremenda, y continuó mientras paseábamos por las calles del pueblo.

Provocado por mí, Sciascia habló de la mafia, de la que yo sabía muy poco y él casi todo. Me explicó que, aunque se le atribuya un origen más remoto, su poder comenzó el siglo pasado. Cuando se abolió el régimen feudal, los latifundistas y sus administradores conservaron, por el terror, un total dominio de sus posesiones y también sobre los jornaleros que en ella trabajaban. Y cuando la seguridad en los campos fue confiada a un cuerpo privado de guardias rurales, los mafiosos hicieron que su gente acapara todos sus cargos y consolidaron así oficialmente el poder de la organización. En la segunda mitad del siglo XIX, mientras los dueños vivían cómodamente en las ciudades los administradores que estaban en las tierras se hicieron con el poder y se fueron adueñando de los latifundios. Por supuesto eran todos mafiosos. La unificación de Italia no modificó esta situación: los *capos* de la mafia garantizaban los votos a los diputados conservado-

## CULTURAS

## Hablando de la mafia

José Agustín Goytisolo



Vista de Ragusa

res, pues controlaban además el dominio de los municipios.

Mientras recorríamos el pueblo, todo el mundo le saludaba: desde las terrazas de los cafés, desde las ventanas y los balcones, desde los bancos de la plaza. Sciascia iba diciéndome: «Este es un mafioso, y aquél también, y esos dos...». A una pregunta mía respondió: «No, no, éstos no matan, sólo ordenan matar. Los de la lucha o de la metralleta están siempre trabajando en los campos, o son albañiles, o están en la mina». El sabía todo esto por haberlo vivido desde que era niño y también por escucharlo de los labios de su abuelo, que fue *minatore di solfara*, o de su padre, empleado en la misma compañía minera de azufre. Luego, cuando estudió para maestro de escuela, comenzó a investigar ese tremendo fenómeno social: se metió en archivos judiciales, desempolvó legajos y rebuscó en hemerotecas. Por eso la mafia está presente en muchos de sus libros. «No han atentado nunca contra mi vida, vaya usted a saber el porqué». El porqué, en todo caso, debía saberlo él. Quedé en volver a verle, pues me interesaba el tema. Me acompañó hasta el autocar.

En mi siguiente viaje a la isla, un año después, fui a visitarle a su casa de Palermo, a media mañana. Me propuso almor-

zar en Monreale, una pequeña ciudad encaramada en los montes cercanos a Palermo. Acepté, claro. La carretera serpenteaba en las cuestas, entre naranjos, casitas y balsas de agua que brillaban al sol. Ya en Monreale, Sciascia me llevó hasta un mirador: desde allí se dominaba la *conca d'Oro*, toda clase de frutales especialmente cítricos que cubrían la fértil y hermosa llanura que rodaba Palermo recortada al fondo contra el alto mar.

Fuimos hasta la catedral; Monreale, pese a sus pocos habitantes, tiene obispo. En Sicilia hay un montón de curas y de obispos, casi tantos como deben ser los miembros de la mafia. En la plaza había varios restaurantes con mesas al aire libre. Eligió uno: conocía al dueño y le encargó la comida. Durante el aperitivo previo me preguntó por la transición española. ¿Existía riesgo de involución? ¿A quién obedecía Tejero, solamente a Milans del Bosch? ¿Qué papel jugó Armada en el intento de golpe de Estado? ¿Qué poder, militar, financiero, conservaban todavía los antiguos franquistas? Mientras yo respondía como podía pensé: Sciascia si llega a ser un novelista español, nos monta un libro sobre este tema como la trama de una de sus novelas policiacas, en las que, al final, la investigación no conduce a ninguna parte.

El almuerzo, pasta y pescado, excelente. El comía con labios golosos y daba cortos pero muy repetidos sorbos de aquel vino espeso y áspero. Entonces quise que me fuera contando la historia de la mafia desde el punto en que la dejó el año anterior. Accedió, no sin antes preguntar *le non parla mai di letteratura?* No, siempre que puedo no. Se rió, me dio las gracias y pasó a la mafia. La organización, a principios de este siglo, era muy poderosa, y lo fue más a partir de su instalación en Estados Unidos: sus primeros componentes allí fueron mafiosos que debían dejar la isla por estar quemados por algún crimen, y otros que salían confundidos con los emigrantes. En Norteamérica alcanzaron un poder extraordinario, tanto extorsionando a los comerciantes y a los estibadores de los muelles como traficando con bebidas alcohólicas durante la prohibición. Siguieron manteniendo sus conexiones con los *capos* sicilianos, ayudándose mutuamente.

Durante la segunda guerra mundial, en el desembarco aliado en Sicilia, los norteamericanos contaron con la ayuda de la mafia: desde su reino, en New York Lucky Luciano contactó, mediante emisarios, con el *capomafia* de Sicilia don Calogero Vizzini, un respetable y distinguido caballero. Los mafiosos sicilianos hicieron un buen trabajo: señalaron objetivos militares para ser bombardeados por la aviación aliada, sabotearon carreteras y pistas de aterrizaje, acondicionaron nuevas pistas y hostigaron a las fuerzas italianas y alemanas antes, durante y después de la invasión. Y terminada la guerra, los mafiosos se pusieron de parte de los conservadores como es lógico, para oponerse al auge de los partidos de izquierdas, sobre todo el PCI: los comunistas italianos todavía recuerdan la matanza de muchos de sus afiliados llevada a cabo por Salvatore Giuliano. La mafia reprimió todo intento considerado socialmente subversivo: reforma agraria, poder de los sindicatos o justicia social. *E così fino a oggi*: matan a cualquiera que se les ponga enfrente y se disputan su poder desde un general, como Della Chiesa o un magistrado, hasta un político molesto y por supuesto a un tendero del mercado o un transportista que se niegue a pagar su cuota. Habíamos terminado los cafés y la grappa y él se había fumado casi un paquete de cigarrillos rubios.

A media tarde regresamos a Palermo. Me guió hasta el barrio del puerto y, en una de sus callejas, me señaló un local en el que campeaba un rótulo multicolor en el que se leía: *Teatro dei puppi*. Me dijo: *Ahí está lo que usted buscaba; dentro de poco empezará la función*. Nos despedimos y yo saqué una entrada. Quería ver a Ruggiero y a todos los demás títeres del elenco. Lo pasé muy bien.